



Versaciones de un chupaplumas

Una tacita de harina

[1]



que es lo que por tradición ha sido costumbre ancestral que acudan a pedir las vecinas de al lado cuando se ha intuido o tenido sospecha de que se estaba celebrando algo, o se tenía visita o había subido por primera vez a casa el novio de la niña pero que, en este caso concreto, habría resultado bien posiblemente como recurso estilístico y muy mal como argucia porque un servidor, en su humildad, puede sí echar mano de los pertinentes útiles de escritorio y narrar cuanto desfila ante sus ojos o alcanzan a percibir sus oídos pero no podía — en aquella ocasión en concreto, en que tan atareados andábamos todos con lo de la votación y todo eso — desviar mi atención a cuestiones menores y tan frívolas como el organizar un cumpleaños, o hacer llegar al domicilio¹ alguien interesante o pintoresco que merezca la pena el conocer en unos tiempos en que (aun en su tan harto frecuente pavorosa vulgaridad) todo el mundo es pintoresco, o improvisar un novio para una niña que no teníamos a mano porque, recuérdese, la prole del matrimonio Ramírez se componía de dos varoncitos.

¹ Sin equipaje y sin previo aviso cuando todo el mundo sabe que sin equipaje nunca se te presentan los familiares de provincias cuando, de sopetón, te los encuentras en el descansillo alegando que han venido a la capital por cuestión de médicos; aunque sí pueden llegar sin previo aviso porque, y eso también lo sabe todo el mundo, “tenemos confianza y además no tienes que molestarte, que nosotros nos arreglamos de cualquier manera” dándote a entender, de forma un tanto críptica, que ya puedes ir buscando unas sábanas que no estén demasiado raídas, y tratando de recordar cómo se abría la cama plegable del salón que cerrada parece un chifonier o — caso de no tener chifonier, porque hay gente con suerte que carece de hermanos y sobrinos y cuñados — ingeniándotelas para ubicar a alguno de tus vástagos en casa de un amigo.